

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS PERUANOS. Apuntes para una lectura socio-histórica

A los amigos que reencontré en Lima

Osmar Gonzales*

Resumen

El propósito de este artículo es explicar por medio de una lectura socio-histórica la crisis del sistema de partidos que vive en la actualidad el Perú. El autor sitúa a los partidos al interior de las modificaciones que ha ido experimentando la sociedad peruana durante el siglo XX para buscar comprender su papel, alcance y límites, así como la naturaleza de su crisis.

La hipótesis que guía el presente artículo es que la crisis de los partidos en el Perú debe ser explicada por los cambios tanto culturales como

sociales ocurridos básicamente desde mediados del siglo XX. Se propone que dicha crisis no es más que la expresión del hiato entre partidos surgidos en una época anterior y un nuevo momento histórico que se abre hoy, fines del siglo XX. Concluye el autor sugiriendo la posibilidad de que se inicie un nuevo momento en la vida de los partidos políticos peruanos, luego del triunfo electoral de Alberto Fujimori en 1990.

Palabras clave: *Partidos políticos, Perú, migraciones, cultura y política.*

Recibido: 28-04-98 • Aceptado: 06-07-98

* Sociólogo peruano. Maestro en Ciencias Sociales por Flacso (México) y Doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de México. Su más reciente libro es *Señales sin respuesta. Los Zorros y el pensamiento socialista en el Perú, 1968-1989*, Ediciones Preal, Lima, 1999. E-mail: ogonzalesa@mailier.main.conacyt.mx

Crisis in Peruvian Political Parties: Notes for a Social-Historic Reading

Abstract

The purpose of this article is explain the crisis of the parties system Peru living at the present time by means of a social-historical reading. The author locates the parties to the interior of the modifications that the Peruvian society has gone during the XX century in order to understand the paper of the parties, reach and limits, as well as the nature of their crisis.

The hypothesis that guides the present article is that the crisis of the parties in the Peru should be explained for the changes so much cultural like social happened basically from

mediating of the XX century. The article proposes that crisis is not more than the expression of the hiatus between parties arisen in a previous time and a new historical moment that opens up today, ends of the XX century. The author concludes suggesting the possibility that it begin a new moment in the life of the peruvian politicians parties, after the electoral victory of Alberto Fujimori in 1990.

Key words: *Politician parties, Peru, migrations, culture and politics.*

Desde 1980, el Perú se encuentra en una paradoja: ha ingresado a los gobiernos constitucionales en el mismo momento en que los agentes legitimadores del sistema democrático -los partidos- se encuentran en crisis¹. La consecuencia de esta disyunción es que la democracia pierde su capacidad de legitimarse ante la sociedad, y hace más fácil que ésta asuma posturas autoritarias -democraduras, según el término de algunos- y que emerjan líderes a-sistémicos o *outsiders*.

Como lo señalan Scott Mainwaring y Timothy Scully (1995), el Perú es el caso más extremo de crisis partidaria en América Latina. Las cifras que ofrece Nicolás Lynch (1996b) son sumamente elocuentes. Tomando como base las elecciones presidenciales, constata que mientras en 1980 la votación por los partidos representó el 96.7%, en 1985 el 96.9%, en 1990 el 63%, en 1995 las cifras bajaron drásticamente hasta representar sólo el 8%.

1 Pero previamente hay que reconocer que la crisis actual de los partidos es resultado de su propia incapacidad, y no de ninguna fuerza externa. Sólo después de este reconocimiento será posible imaginar alternativas a esta crisis (Lynch, 1996a).

No obstante, la crisis de los partidos en el Perú no es algo novedoso pues tiene antecedentes, y no siempre está asociada con la crisis del sistema democrático. Es posible identificar momentos de surgimiento, despliegue y crisis de los partidos; y para entender estos ciclos hay que situarlos al interior de la sociedad en la que aparecieron.

El propósito de este artículo es explicar la crisis actual del sistema de partidos en el Perú recurriendo a una mirada socio-histórica que permita entender la incapacidad de aquéllos para representar en la esfera política la heterogeneidad de la sociedad peruana. Considero que esta metodología nos permite comprender mejor el papel, alcance y límites de los partidos, así como la naturaleza de su crisis.

Por este camino podré situar a los partidos al interior de las modificaciones que ha ido experimentando la sociedad peruana, las mismas que históricamente han rebasado las capacidades de los agentes políticos para construir un sistema democrático, de libre competencia electoral. Esta incapacidad adquiere mayor relevancia desde mediados del siglo XX. La crisis actual de los partidos políticos peruanos no es más que la expresión del desajuste o hiato entre partidos surgidos en una época anterior (la de masas) y un nuevo momento histórico. Posiblemente, estemos a las puertas de iniciar un nuevo ciclo en la vida de los partidos peruanos. El esquema socio-histórico que presento sobre los dos ciclos en el siglo XX puede ayudarnos a advertir qué es lo que se avecina².

Dos ciclos de los partidos en el Perú en el siglo XX

Primer ciclo (1895-1919). Es el tiempo de los partidos elitistas. Este primer ciclo se ubica entre fines del siglo XIX (después del ingreso del gran caudillo del siglo pasado peruano, Nicolás de Piérola, en 1894) y fines de la segunda década del XX. Para estos años no se puede afirmar que existieron partidos en el sentido moderno de la palabra. Incluso, algunos preferirán llamarlos clubes de notables.

2 Tantaleán Arbulú (1996) plantea la misma secuencia histórica que presento aquí. Dicho autor prefiere hablar de “movimientos político-ideológicos y económicos de larga duración” en vez de ciclos. Otra diferencia es que pone mayor énfasis en la evolución político-institucional, mientras que yo pongo más atención en factores sociales y culturales. No obstante, considero que hay un esquema de razonamiento similar.

Estas agrupaciones se organizaban tras un líder destacado, sea un caudillo civil o militar. Eran agrupaciones de elites que no incorporaron -por la estructura político-social del dominio oligárquico- a los sectores populares, salvo en ocasiones muy eventuales y como masa de maniobra, pero siempre manteniéndolos marginados del sistema político-electoral.

El partido predominante en los años de este primer ciclo fue el Civil, fundado por Manuel Pardo en 1871. Éste fue un partido con un proyecto modernizante que llegó rápidamente al poder, en 1872. Posteriormente fue eclipsado por el militarismo que siguió a la Guerra del Pacífico (1879-1883), para luego reaparecer como una fuerza determinante en los inicios del siglo XX³.

Alrededor del Partido Civil, y disputándole el predominio, se situaba el Partido Demócrata dirigido por Piérola. Ambos partidos, unidos en la Coalición Nacional (1894), fueron los que dieron fin al militarismo surgido después de la guerra con Chile e inauguraron la época de oro del dominio oligárquico (1895-1919). Son los años de la “república aristocrática” o de “notables”.

En contra de una visión extendida sobre el mencionado sistema de dominio, hay que señalar que si bien el Partido Civil fue el predominante no fue el único, ni se bastó por sí solo para controlar el poder. Por el contrario, fue común un intenso juego de alianzas entre los partidos de la época.

En efecto, a estos dos grandes partidos de fines del siglo pasado e inicios del actual, se unieron el Constitucional, del general Andrés A. Cáceres; y el Liberal, de otro montonero como Piérola, Augusto Durand. En general, se trataban de organizaciones que mostraban una correspondencia, directa y fluida, entre el poder económico y el político.

El sistema político que construyeron las fuerzas políticas y sociales relevantes de esos años fue uno privatizado y restringido, de democracia censataria, en donde sólo podían acceder al terreno de lo político-electoral los mayores contribuyentes y los que tenían educación (que en un país de mayoritaria composición indígena y analfabeta consolidaba a un pequeño grupo en el poder).

La fundación del dominio oligárquico dio forma a un Estado compuesto por la alianza entre tres fracciones principales: los hacendados agro-exportadores, los financieros y los poderes locales (llamados gamonales, tomando un término

3 Sobre el Partido Civil y su fundador ver Mc. Evoy, 1995.

andino). Este “pacto oligárquico” (Ansaldi, 1991) fundacional permitió el ingreso del Perú al circuito económico-comercial mundial promovido por el auge del liberalismo económico desde mediados del siglo XIX. Al mismo tiempo, dicho pacto, en el plano interno, sostuvo un sistema social basado en relaciones sociales propias del sistema de haciendas (Burga y Flores Galindo, 1980).

No obstante la naturaleza elitaria del sistema oligárquico, existía un conjunto de normas y leyes que reglamentaban la pugna por el poder entre las fracciones de la elite. Como lo han hecho notar Carlos Franco y Hugo Neira (1986), el acceso al poder no era enteramente arbitrario como se pudiera suponer gracias a una lectura superficial. Se trató de un sistema de dominio elitista, sí, pero relativamente estable⁴. De esta manera, el Estado sofocaba rebeliones campesino-indígenas de la misma manera como reprimía insurrecciones -que en ocasiones, incluso, tenían un proyecto político de autonomía respecto del Estado- de elites regionales descontentas y marginadas del “pacto oligárquico”.

Si bien la dominación oligárquica se consolidó bajo la alianza civil-demócrata, ésta fue remplazada a partir de 1903 cuando el civilismo se alió con el constitucionalismo para la selección de los vice-presidentes y para asegurar la mayoría en el parlamento. El Partido Constitucional fue fundamental para preservar la legalidad oligárquica, siendo éste un hecho insuficientemente resaltado en los análisis histórico-políticos.

Otro hecho que nos aleja de esa visión predominante sobre el dominio civilista es el cisma que produjo Augusto B. Leguía durante su primer gobierno (1908-1912). Éste ingresó a la escena oficial participando del grupo del Partido Civil conocido como los “jóvenes turcos”, quienes portaban un proyecto modernizador a inicios de siglo. Gracias al apoyo de este grupo, Leguía llegó a la presidencia del Perú (1908-1912). Posteriormente, se apartó de su partido encabezando una importante fracción que cobraría protagonismo político durante su segundo gobierno, conocido como el Oncenio (1919-1930).

Finalmente, otro dato que va a contracorriente de la lectura que supone un dominio pétreo del civilismo es la aparición de un gobierno como el de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914), que puede ser considerado como el primer intento populista en el Perú (Gonzales, 1999).

4 Para un análisis desde lo institucional del sistema político de principios de siglo ver Planas, 1994.

Billinghurst, sin apoyarse orgánicamente en ningún partido, logró derrotar al candidato civilista, Antero Aspíllaga. Debido a la política anticivilista a ultranza llevada a cabo por aquél, el Partido Civil acudió por primera vez en el presente siglo -en febrero de 1914-, a los cuarteles para derrocar el billinghurstismo, anticipando una forma de relación que se haría común en los años posteriores, la civil-militarista (Masterson, 1991).

El recordar todos estos acontecimientos no tiene otro propósito que el de llamar la atención sobre el periodo formativo y sumamente dinámico de los partidos peruanos para tratar de formular un relectura sobre él. Nuevas miradas sobre viejos procesos nos pueden permitir visualizar aspectos que antes habían sido soslayados.

Segundo ciclo (1919-1989). Es el tiempo de los partidos de masas. Sucede a la crisis de la república aristocrática, luego del segundo gobierno de Leguía (1919-1930). El llamado Oncenio leguista debe ser entendido como la expresión institucional de procesos sociales que pugnaban por asomar la cabeza desde la época anterior, como se manifestó en las “jornadas cívicas” que apoyaron al el gobierno de Billinghurst, ya mencionado.

En resumen, se trata de la aparición de la masa -o de las multitudes, como se prefiera- que rompe el espinazo al sistema elitario de los notables. Esta irrupción permite explicar de una manera más cabal tanto la aparición del populismo leguista, como la de los partidos masivos y radicales, a saber, el Partido Aprista y el Partido Comunista (fundado en 1930 luego de la muerte de José Carlos Mariátegui), quienes auspiciaron el ingreso a la escena pública de sectores medios e intelectuales básicamente, a la vez que fomentaron cierta conciencia de derechos entre los trabajadores asalariados. Es importante mencionar que para entonces los viejos partidos de la época anterior ya habían desaparecido.

Sociedad y partidos: desencuentros permanentes

La aparición en la escena político-social del sujeto popular ocasionó fuertes contradicciones protagonizadas con la oligarquía. Por un lado, las élites oligárquicas se vieron incapacitadas de mantener y reproducir la estabilidad característica de la época anterior (el primer ciclo). Por ello cual tuvieron que apelar a una alianza con el ejército -al que controlaban por diversas vías, desde la propia

sumisión político-institucional hasta las alianzas familiares- pero modificando sus formas de relación con las clases subalternas (Gilbert, 1982).

Como las distintas fracciones que componían la oligarquía ya no podían ejercer el poder a la manera como lo hacían durante la república aristocrática, se vieron obligadas a incorporar en sus formas políticas elementos de la modalidad populista en su contacto con la sociedad.

Al respecto, vale la pena mencionar que uno de los gobiernos más recordados por la mentalidad popular es el del general Manuel A. Odría (1948-1956), quien si bien ejerció el poder de modo autoritario, efectuó una serie de obras públicas (colegios, hospitales, centros de recreación) que le proveyeron de gran reconocimiento social. Todo esto fue posible por la inesperada coyuntura económica internacional, que elevó el precio de los minerales, permitiendo al Estado recaudar importantes ingresos. Además, es interesante señalar que amplió la base ciudadana al reconocer el derecho de votar de las mujeres alfabetas.

El esfuerzo por incorporar funcionalmente a sus modos de ejercer el poder las formas políticas populistas nos habla de algunas tensiones. Éstas se reflejaban tanto en el deseo de mantener el manejo elitista del poder como en las transformaciones que experimentaba la sociedad, la cual ponía sobre el tapete la necesidad de construir nuevas representaciones políticas, más acordes con las experiencias y procesos en curso. Estas tensiones produjeron enfrentamientos traducidos tanto en movimientos revolucionarios derrotados -especialmente por parte del APRA- como en alianzas efímeras, como la que sustentó al gobierno del Frente Democrático Nacional (FDN) de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948).

El problema de fondo consistía, desde esta lectura, en que el aparato institucional que se pretendía formar no correspondía a la nueva sociedad emergente, sino que aparecía como un arreglo elitista entre diversos grupos políticos. Las clases subalternas deseaban y necesitaban imponer su presencia, pero la institucionalidad vigente se lo impedía. De esta manera, el Perú de mediados de siglo se constituyó en un escenario de disputa entre agentes que trataban de imponer su predominio en la arena de lo institucional. La situación se puede graficar así: fuerzas políticas incapaces de representar a nuevos sujetos sociales; y sujetos sociales que no encontraban representaciones políticas fieles.

Si hubo alguna fuerza política capaz de representar y sublimar los intereses populares fue el Partido Aprista. Fundado por el gran líder del siglo XX, Víc-

tor Raúl Haya de la Torre, el APRA supo canalizar las expectativas de los sectores populares y proveerles de una identidad. Además de restaurarle dignidad en tanto trabajadores y proveerles una seña cultural, pues el APRA se dirigía al Perú cholo, mestizo y popular (Nugent, 1991). Se trataba de un populismo de clases medias radicalizadas. Ello no sucedió con el Partido Comunista, que se afincó en una estructura y organización política basadas en los militantes de cuadros, lo que le restó comunicación con la sociedad popular más amplia.

A pesar que ambos, el APRA y el PC, aparecieron y se forjaron al interior de los procesos inéditos que daban su configuración especial al Perú de los años veinte, sólo el primero tuvo la sensibilidad e instinto políticos suficientes para potenciar su carácter de fuerza representativa de una sociedad popular que cambiaba a gran velocidad.

No obstante, el APRA -luego de duros y largos años de persecución y clandestinidad-, y casi como un mecanismo de defensa, fue variando su programa radical inicial. Trató de hacer más política (buscar acuerdos, consensos, construir alianzas) pero relacionándose con los sectores a los cuales antes se había enfrentado, es decir, a los grupos oligárquicos. La consecuencia inevitable fue el alejamiento de amplios sectores sociales (especialmente clase media, intelectuales, algunos sectores obreros) que previamente lo habían apoyado.

Si bien estos cambios ideológicos fueron importantes y tuvieron sus consecuencias, no lo son tanto como el mismo momento en que se produjeron.

La importancia de las migraciones de mediados de siglo

Al interior de este segundo ciclo, existe una coyuntura fundamental. A mediados de siglo ocurrió en el Perú la transformación más radical de su historia social reciente, cual es el proceso migratorio del campo a la ciudad. El resultado de este cambio demográfico-social fue que varió sustantivamente el panorama peruano en cuanto a que lo andino siempre había sido visto como lo ausente o, en todo caso, como lo lejano⁵.

5 Las migraciones, según Iguíñiz, constituyen un “cambio drástico”: “Ese cambio drástico en la Historia del Perú ocurre hace 40 años, quizá 50. Empieza a ocurrir entonces. Y es que, a partir de entonces, con una velocidad única en la historia del mundo, una sociedad cuyas inmensas mayorías vivían encima de los 3000 mts. de altura, ahora

El poder había adscrito a lo indígena bajo ciertos parámetros acordes con los esquemas culturales occidentales que constituían su tradición. En ellos, el indio era estereotipado como un ser apacible, como parte del paisaje (las punas), incapaz de rebelarse, casi sin intelecto y de espíritu infantil (un hermano menor). Pero, sobre todo, la cultura oficial, luego de apropiarse simbólicamente del indio, lo había vuelto inofensivo, suponiendo que le bastaba permanecer en su *habitat* para reproducirse sin peligro alguno y, más aún, con provecho para el trabajo en las haciendas (Gonzales, 1996).

Toda esta imagen sobre el indio quedó destrozada precisamente cuando ocurrieron las migraciones. Literalmente, los indios tomaron las ciudades. Se acordonaron en las afueras de ellas, especialmente de Lima, y desde ahí presionaron al Estado y a “lo oficial” para conseguir mejores condiciones de vida (postas médicas, escuelas, carreteras, servicios) (De Soto, 1986; Franco, 1991; De gregori et. al., 1986; Matos Mar, 1985).

La “mancha india”, antes sólo conocida por los textos de enseñanza escolar, se posesionaba de la ciudad. Se constituyó en una presencia imposible de eludir. Y es esto justamente lo que explica en gran parte la paradoja de la historia aprista. El APRA siempre buscó el sujeto popular al cual representar y desde él construir un nuevo tipo de sociedad. Pero cuando la nueva sociedad comenzaba a surgir y la posibilidad de que fuerza política y sujeto social coincidieran, el partido varió de programa, retrocedió en su voluntad refundadora y ancló su actividad política en lo institucional-oligárquico. No descuidó su relación con los sectores populares, pero ella se debilitó.

Por otra parte, los nuevos contingentes étnicos y sociales que llegaban a las ciudades también portaban sus propias expectativas: mejorar sus condiciones de vida, aumentar sus ingresos, encontrar trabajo, progresar en suma. Este hiato que se produjo entre el APRA y las nuevas expresiones sociales y culturales que aparecieron en el Perú de mediados de siglo, es fundamental para entender el paulatino debilitamiento del aprismo como fuerza política de primer orden en el panorama peruano.

Los años cuarenta-cincuenta constituían para el Perú una especie de libro abierto, en cuyas páginas se podía rehacer la historia. La masa de migrantes lle-

constituyen un país que vivirá en su inmensa mayoría, si las tendencias siguen así, debajo de los 1000 mts. de altura” (Iguíñiz, 1989:31).

gados a la capital -fundamental pero no únicamente- constituía una posibilidad de dejar definitivamente atrás al pasado oligárquico y elitista. En suma, se trataba de una época radical y fundadora. Sin embargo, la expresión político-institucional no llegó. La aparición de nuevos partidos políticos no expresaron la irrupción del contingente andino. Por el contrario, ellos buscaron representar a sectores de clases medias, los cuales se habían beneficiado de la relativa industrialización y modernización que cobijó la sustitución de importaciones.

En ese contexto, aparecieron partidos de clase media, como Acción Popular (AP), la Democracia Cristiana (DC) y el Movimiento Social Progresista (MSP). Todos ellos compuestos por técnicos, profesores, abogados, intelectuales. Si bien surgieron nuevos partidos en un país que experimentaba cambios sociales sustanciales, lo hacían para tratar de representar a sectores que no constituían el núcleo de esas transformaciones. En vez de erigirse como la expresión política orgánica de los contingentes migrantes, intentaron representar a los sectores sociales mesocráticos que, si bien eran importantes, no eran los fundamentales dentro del país emergente.

A la ruptura o incomunicación ocurrida con el APRA ya aludida (viraje ideológico-aparición de nuevos sujetos sociales) hay que agregar esta segunda: nuevos partidos políticos de clase media frente a una sociedad popular que comenzaba a andinizarse. Se puede decir que se presentaba una sociedad nueva y una institucionalidad política también nueva pero no necesariamente coincidentes entre sí. Esta incomunicación entre sujeto social y sujeto político es recurrente en la historia peruana.

Pero hay otro hecho que nos puede servir para ejemplificar la referida incomunicación: la aparición de los partidos de la nueva izquierda. Con un lenguaje y una acción radicales, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) (desgaje juvenil y radical del aprismo, compuesto principalmente por sectores medios) se lanzó a la aventura guerrillera -común en los países latinoamericanos de los sesenta, luego del triunfo de la revolución cubana y de las luchas de liberación nacional- instalándose en la sierra peruana para, desde los montes, corroer el orden vigente. Se pasaba del optimismo por las reformas al entusiasmo por la revolución. El problema consistió en que el MIR se fue al campo a organizar la revolución en el preciso momento que éste se despoblaba por acción de las migraciones. El auge del movimiento campesino, que se había opuesto a un nuevo ciclo de apropiación terrateniente, especialmente en los Andes centrales, ya vivía su momento de declive cuando aparecieron los guerrilleros. Se trató, pues, de un nuevo desfase.

El reformismo velasquista

Ante el entrapamiento que llegó el régimen oligárquico (es decir, imposibilidad de mantener el criterio exclusivista en el manejo político), la modificación del panorama social producida por las migraciones, la paulatina erosión de la legitimidad cultural de lo occidental como lo naturalmente superior, y sucesivos intentos subversivos, se abrió el espacio político para la aparición del régimen militar reformista dirigido por el general Juan Velasco Alvarado el 8 de octubre de 1968.

La peculiaridad de este nuevo ingreso militar consistió en que, al contrario de sus antecesores, no se realizó para proteger al orden oligárquico de sus enemigos políticos, sino para darle fin a aquél. En efecto, rompiendo con la tradición de irrupciones militares en el Perú, el golpe del velasquismo realizó lo que ni el APRA ni los partidos marxistas habían podido lograr: liquidar al régimen oligárquico. Además de eso, materializó una serie de reformas estructurales (como la reforma agraria) y tomó medidas de claro corte antimperialista (como la nacionalización del petróleo).

El velasquismo puede ser interpretado como la expresión, en la esfera de lo institucional, de los procesos sociales ocurridos en el Perú desde mediados de siglo. Si socialmente se encuentra un quiebre en las migraciones del campo a la ciudad, con todas las modificaciones que acarrea, política e institucionalmente esa ruptura es posible hallarla en el reformismo militar inaugurado en 1968. Su mérito fue coadyuvar -más allá de su voluntad- al desarrollo de procesos sociales que presionaban por una mayor democratización y reconocimiento de derechos sociales, no políticos (Lynch, 1992), además de crear un clima favorable para la comunicación entre los distintos contingentes étnicos conformantes de la nación peruana (Franco, 1993).

Piedra angular de toda la política velasquista fue el Estado, quien cumplió activamente una función de acumulación económica, además que amplió su aparato institucional. Con ello, profundizó el proceso de modernización vía la industrialización e impulsando el capitalismo de Estado: “Esas diversas políticas del gobierno aceleraron la modernización cultural y la movilización social que venían desarrollándose desde los años sesenta y alentaron sobre todo un amplio proceso de democratización que buscó ser controlada, sin lograrlo, por el Estado velasquista a través del Sistema Nacional de Movilización Social (Sinamos)”

(López, 1997:275). Por primera vez en el Perú, Estado y nación parecían comunicarse (Neira, 1996). Pero todo esto se logró sin la participación de los partidos.

En efecto, durante el reformismo velasquista los partidos pasaron a la ilegalidad, lo que tuvo profundas consecuencias en la posterior evolución de éstos. Sólo algunos líderes partidarios quedaron como asesores del régimen velasquista, básicamente de la DC o ex-apristas y ex-comunistas. Por su parte, el PC decidió otorgar su apoyo crítico al gobierno. El resto de la izquierda se mantuvo en la oposición frontal. El APRA prácticamente desapareció de la escena política. Finalmente, AP, el partido al cual el golpe despojó del gobierno, había quedado acéfalo por la deportación de su máximo líder, Fernando Belaunde Terry.

Las contradicciones que aparecieron al interior del régimen velasquistas prontamente se harían visibles con el golpe contra Velasco dirigido por uno de sus ministros, Francisco Morales Bermúdez, en 1975. El despojo de Velasco del poder fue realizado por el ala derecha del "proceso revolucionario". Por esa razón, el PC retiró sus "apoyo crítico" al gobierno, así como otros asesores del reformismo tuvieron que dejar sus espacios de influencia. Si bien todas las fuerzas políticas trataron de derrocar el gobierno, quien sí consiguió desestabilizarlo fue el movimiento popular, al lado de los partidos marxistas, especialmente por medio de sus exitosos paros generales de 1977 y 1978. La consecuencia de este auge de masas fue la decisión del gobierno de convocar a elecciones.

La consecuencia mayor para los partidos durante estos doce años de régimen militar (1968-1980) fue que sufrieron un alejamiento mayor de la sociedad al que ya adolecían. Los años de ilegalidad corroyeron sus maquinarias, las anquilosaron, las oxidaron. Y para profundizar su crisis, la sociedad se mantuvo movilizadada y activa. Así, las distintas velocidades con las que se movían tanto partidos como sociedad no hicieron otra cosa que ensanchar el desencuentro.

De alguna manera, sólo los partidos de la nueva izquierda se mantuvieron activos y cercanos a contingentes de los sectores populares -los organizados- y los universitarios. Lo que corrió en favor para los partidos de izquierda es que no necesitaban de la legalidad para ampliar su influencia ni mantener viva su organización. Por el contrario, lo que necesitaban era justamente permanecer fuera de lo institucional, para desde ahí recabar legitimidad ante los sectores populares, enarbolando valores como la consecuencia, el heroísmo, la autonomía. Valores necesarios para llevar exitosamente la revolución.

Esa situación de ilegalidad y su postura ideológica, la oposición maximalista, permitieron a los partidos de la nueva izquierda crecer al lado de los sectores populares. Ello los colocó al interior de los procesos de los actores significativos del momento: clase obrera, pobladores de los barrios populares, campesinos, movimientos de mujeres, de jóvenes y organizaciones populares en general, apoyados por las comunidades cristianas de barrio.

Esta identificación, que la izquierda creyó “natural”, con los sectores populares, y el proceso de crisis económica que vivió el país a fines de la década del setenta, hizo pensar a sus dirigentes que estaban a las puertas de un cambio social revolucionario, y que ellos -naturalmente- serían las cabezas directoras de la ansiada revolución. Pero los pronósticos fallaron, no sólo porque la revolución no llegó, sino porque -previa represión por parte del gobierno y “paquetazos” (medidas económicas restrictivas)- lo que advino fue un gobierno constitucional. En este momento fue cuando regresaron los partidos con algún protagonismo.

Una nueva oportunidad para los partidos

Dentro de un plan de ingreso a la constitucionalidad que constaba de dos pasos (primero, elección para una Asamblea Constituyente con la misión de redactar una nueva Carta Constitucional en 1979; segundo, elecciones generales para elegir a un nuevo gobierno en 1980) los partidos volvían al primer plano de la escena política⁶.

Pero el panorama se complicó porque dicho ingreso a la constitucionalidad estuvo acompañado de problemas de gran hondura que arremetían contra la legitimidad del régimen democrático. Por un lado, la crisis económica que se agravaba, con toda su consecuencia de desestructuración de las redes sociales tejidas durante los años previos. Por otro, la aparición de la corrosiva “guerra popular” protagonizada por Sendero Luminoso -SL- (y, en segundo orden, por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru - MRTA). Ambos fenómenos, poderosa-

6 Hay que mencionar un dato importante. Para cumplir con el programa de elecciones previsto, el gobierno militar amplió la base ciudadana reconociendo el derecho a voto tanto a jóvenes de 18 años como a los analfabetos. Es curioso constatar que los gobiernos que han reconocido ciudadanía electoral han sido, paradójicamente, dictaduras militares, como los de Odría y Morales Bermúdez.

mente desestructurantes para cualquier sociedad -y más aún para una dependiente y subdesarrollada como la peruana-, emergieron en los años ochenta como problemas de una envergadura mayor a la que los partidos podían afrontar (Crabtree, 1994).

Además, ambos procesos repercutieron en las posibilidades de legitimación de los partidos como representantes de los sectores sociales modificados que encontraron luego de su regreso a la política nacional⁷.

Tampoco la izquierda pudo superar este desfase porque, una vez obligada a comportarse dentro de los parámetros fijados por la competencia político-electoral, relajó sus vínculos con los sectores populares organizados de los cuales recaaba su legitimidad⁸. Si sumamos a ello la composición social y étnica de sus dirigentes, quienes se parecían mucho a los de los otros partidos, tendremos más elementos para apreciar la cantidad y la calidad del distanciamiento entre partidos de izquierda y pueblo.

7 “En el caso peruano la crisis de representación tuvo dos elementos centrales: por un lado la multiplicación ciudadana que se expresa en una renovación casi total del cuerpo de electores...y por otro, el tipo de partido predominante en la época, heredero de los grupos de notables del tiempo de la crisis del Estado Oligárquico, que semejaba más a un jefe con su séquito que desarrollaba una política clientelística con sus seguidores que a una agrupación de estructuras organizadas, propuestas programáticas y dirigentes elegidos. A esto se agregaban las instituciones constitucionales de 1979 que proponían una estructura democrático-representativa, con muchos adelantos en el papel frente a otros textos constitucionales, pero que favorecía el manejo de la representación por los partidos, sin señalar mecanismos específicos de control para la ciudadanía” (Lynch, 1996:34).

8 Ejerciendo la autocritica, un caracterizado líder de la izquierda peruana, afirma lo siguiente con respecto a los problemas ideológicos que exhibieron los partidos socialistas (entre otras cosas): “Los problemas ideológicos se expresaron también en la incapacidad para incorporar lo cotidiano en la actividad política, para reconocer el valor de la persona al interior de la clase, o en la dificultad de aceptar múltiples determinaciones (la étnica, la cultural, la de género, la de generación, etc.) aparte de la determinación de clase. Asimismo, la sobre estimación del rol del Estado y una tardía e incongruente valoración de la sociedad civil caracterizó la ideología de gran parte de la izquierda” (Diez Canseco, 1996:50).

La sociedad chola todavía estaba lejos de segregar sus propias representaciones políticas. Por eso, los intermediarios -del signo ideológico que fueran- fracasaron.

Las elecciones y la crisis de los ochenta

Entre 1980 y 1990 hubo tres elecciones generales⁹, cuyos resultados produjeron lo que se puede llamar tres espejismos. En la primera elección, la de 1980, ganó el partido defenestrado por el reformismo militar, Acción Popular. *Primer espejismo*, parecía como si todo había vuelto atrás, como si el tiempo se hubiera detenido antes del 8 de octubre de 1968. Como si la sociedad, sobre todo, siguiera siendo la misma, y que permanecía fiel a un modo de hacer política caballeresco y altivo, muy propio del estilo oligárquico.

Pero sólo se trató de eso, de un espejismo, porque, como se revelaría en posteriores elecciones, la sociedad peruana no buscaba un regreso al pasado, sino una representación de verdad nacional. Es así como se pueden leer las elecciones siguientes, y no sólo las presidenciales.

El triunfo de Alfonso Barrantes para la Alcaldía de Lima como representante del frente de partidos marxistas (formado en setiembre de 1980), Izquierda Unida (IU) en 1983 y la victoria del APRA con Alan García a la cabeza en 1985, representaron el *segundo espejismo*: el de la búsqueda por parte de la sociedad -supuestamente identificada con la izquierda-, de cambios radicales.

Finalmente, el *tercer espejismo* lo expresa la lectura que se hizo del apoyo inicial que se dio -según sondeos de opinión- a Mario Vargas Llosa para las elecciones de 1990. Se creyó que, a contrapelo de la lectura anterior con relación a IU y al APRA, que la sociedad estaba inclinada hacia la derecha y apoyaba a ciegas el programa neoliberal.

Pero el definitivo apoyo otorgado a Alberto Fujimori, quien finalmente ganó las elecciones presidenciales de 1990, nos parece estar indicando otra nece-

9 No me voy a detener en una relación de hechos no sólo porque mi intención es presentar grandes tendencias, sino además porque existen sendos artículos que nos los presentan extremadamente bien. Ver, por ejemplo: Revesz, 1996; García Belaunde, 1995; Planas, 1994a.

sidad: la que experimentaban representables buscando representantes, los que a su vez debían cumplir con la exigencia de ayudar a construir cierta unidad nacional en un contexto de profundo deterioro del país por efecto de la crisis económica y de la guerra subversiva.

Esto último no es descabellado, puesto que -y también es una consecuencia del proceso migratorio- la intercomunicación adquirida por los distintos contingentes sociales y étnicos en un país múltiple como es el Perú, ha llevado a algunos analistas a pensar que se está constituyendo la nación peruana, con una identidad distintiva, la chola (Quijano, 1980). Quizás éste sea el desencuentro final: una sociedad que busca ser expresada en una representación política nacional, y una clase política en crisis e incapaz de satisfacer esa exigencia.

Este terreno de derrota de los partidos es el que precisamente permite la aparición de un liderazgo a-sistémico como el de Fujimori y lo que en general se han llamado los *outsiders* (Perelli, 1995)¹⁰. Después de setenta años, los partidos ahora llamados “tradicionales” no fueron capaces de representar los procesos sociales en curso. (Aquí introduzco una anotación: quizás el triunfo de Fujimori y de los llamados “independientes” dé lugar a un *cuarto espejismo*, el que indica que los partidos ya no son necesarios y que han sido exterminados del panorama político). Mirado en el largo plazo, esta incapacidad de representación es la que explica tanto su crisis actual como que el espacio político sea copado por los independientes (Bernales, 1996).

La mencionada incapacidad tiene que ser leída en dos registros. Por un lado, como expresión de la falta de sensibilidad y voluntad de los partidos de interpretar, canalizar y representar a los sujetos sociales significativos. Un resultado fundamental de estos límites estructurales es que jamás se constituyó un sistema de partidos estable y sólido, y que nunca se concretara un programa de desarrollo nacional más allá de las diferencias ideológicas. Es decir, faltó la constitución de un acuerdo básico (normas, reglas compartidas) sobre el cual los partidos se disputaran el poder (Sartori, 1980; Adrianzén, 1993; Tuesta Soldevilla, 1995).

10 Es interesante la propuesta que hace Durand para entender a cabalidad el llamado “fenómeno Fujimori”. Este autor dice que hay que unir el contexto con el personaje para, en su conjunción, explicarnos lo que denomina “governabilidad democrática” (Durand, 1996). No obstante, considero que este es un tema lo suficientemente importante como para ser tratado en un artículo especial.

Desde esta perspectiva se puede ubicar de mejor manera la crisis -derrumbe o colapso- del desde antes precario sistema de partidos peruano. De paso, nos liberamos de las lecturas extremadamente coyunturales que, mal encaradas, no resultan lo suficientemente útiles para la comprensión.

¿Hacia un nuevo ciclo?

Regreso a la inquietud de este artículo: ¿por qué la crisis de los partidos peruanos? Atendamos a lo expuesto líneas arriba para tratar de comprender. Si recordamos la propuesta de entender el accionar de los partidos al interior de épocas y tipos de sociedades, tendremos que plantearnos algunas preguntas como las siguientes: ¿a qué tipo de sociedad está ingresando la peruana? Quizás, si es un momento de transición, los partidos aparecidos durante el segundo ciclo ya no son capaces de dialogar con la nueva sociedad que parece estar surgiendo. Se trata de partidos formados durante la época de las masas, de las formas populistas de hacer política, de considerar al pueblo como la piedra de toque de toda transformación sustancial, de todo programa de cambios; eran años de profunda ideologización.

Todos esos supuestos han caído por los suelos. El pueblo ya no tiene esa centralidad que antes, real o imaginariamente, se le concedía; el populismo, según ciertas lecturas, ha cambiado de carácter, pues ya no se le identifica con redistribución del ingreso sino con programas neoliberales de reestructuración económica (Knight, 1993; Roberts, 1995); también estamos en un tiempo aparentemente esterilizado o desinfectado de ideología, donde los pensadores sociales o ideólogos ceden su paso a los expertos, a los técnicos, eliminando del imaginario la expectativa de un futuro mejor, para dejar el terreno al manejo eficaz y eficiente de la cosa pública en manos “de los que saben” y en el “aquí y ahora”. Y estas no son características exclusivamente peruanas, como sabemos, sino que representan fenómenos de alcance mundial.

Lo que sí tiene un tinte más nacional es el hecho de los profundos cambios ocurridos a nivel cultural y social. Si la propia composición étnico-cultural del país es otra, es lícito suponer que quienes representen a la sociedad que parece emerger sean otros, acordes con esos cambios.

Si es cierto que estamos *ad portas* de un nuevo ciclo, quizás no sea tan aventurado suponer que en él los partidos surgidos en el periodo anterior habrán de

saparecido o tendrán una presencia mínima, y que serán otras las fuerzas políticas las que cobrarán centralidad. En todo caso, de sobrevivir aquellos partidos, lo tendrán que hacer a costa de profundas modificaciones internas.

De no producirse estos cambios, como lo señala Romero Grompone: “Los ciudadanos van a seguir desconfiando de los partidos y como ocurre tantas veces lo que deseamos no es necesariamente lo que va a ocurrir. Pasada la etapa del fundamentalismo neoliberal, se necesita nuevos procesos de identificación y de adhesión a ideas renovadoras. Las personalidades emergentes no necesariamente van a surgir entre los ‘notables’ o los ciudadanos ejemplares desde el punto de vista de las viejas elites, más allá de los méritos indiscutibles que ellos puedan reunir. Quizás la etapa siguiente puedan renovarse los partidos, surjan otros y se amplíe el campo de expresión de ideas e intereses en nuevos movimientos sociales” (Grompone, 1996:17-18).

De no alcanzarse estos propósitos, los propios partidos -o sus restos- serán los principales obstáculos para la construcción de un sistema democrático en el Perú.

Bibliografía

- ADRIANZÉN, Alberto (1993). “Partidos y orden social en el Perú” en: **Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos**, Lima: IEP.
- ANSALDI, Waldo (1991). “La oligarquía en América Latina: esa frívola y casquivana mano de hierro en guantes de seda” en: **Socialismo y Participación** No. 56, Lima.
- BERNALES BALLESTEROS, Enrique (1996). “Partidos políticos y democracia en el Perú” en: **Socialismo y Participación** No. 73, Lima.
- BURGA, Manuel y Alberto FLORES GALINDO (1980). **Apogeo y crisis de la República Aristocrática**, Lima: Ed. Rikchay.
- CRABTREE, John (1994). “La crisis del sistema partidario peruano (1985-1995)” en: **Apuntes** No. 35, Lima, segundo semestre.
- DEGREGORI, Carlos Iván, Cecilia BLONDET y Nicolás LYNCH (1986). **Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres**, Lima: IEP.
- DIEZ CANSECO, Javier (1996). “Los partidos en el Perú. Una vieja pregunta ¿qué hacer?” en: **Socialismo y Participación** No. 73, Lima.

- DURAND, Francisco (1996). "El fenómeno Fujimori y la crisis de los partidos" en: **Revista Mexicana de Sociología** Vol. 58, No. 1.
- FRANCO, Carlos (1991). **La otra modernidad**, Lima: CEDEP.
- FRANCO, Carlos (1993). "El sentido del velasquismo en la construcción de una comunidad nacional-ciudadana en el Perú" en: **Socialismo y Participación**, No. 63, Lima.
- FRANCO, Carlos y Hugo NEIRA (1986). "El problema de las elites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos. 1895-1930", Sevilla: AIETI.
- GARCÍA BELAUNDE, Domingo (1995). "Representación y partidos políticos: el caso del Perú" en: **Pensamiento Constitucional**, Lima.
- GILBERT, Dennis (1982). **Historia de tres familias. La oligarquía peruana**, Lima: Editorial Horizonte.
- GONZALES, Osmar (1996). **Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano**, Lima: Ediciones Preal.
- GONZALES, Osmar (1999). "De la oligarquía al populismo. El gobierno de Guillermo E. Billinghurst, 1912-1914. Una larga y tortuosa transición", Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México DF.
- GROMPONE, Romero (1996). "Representación política, partidos y escenarios futuros" en: **Socialismo y Participación** No. 73, Lima.
- IGUÍÑIZ, Javier (1989). "El Sur Andino desde una perspectiva nacional" en: **Allpanchis** No. 34, Cusco.
- KNIGHT, Alan (1994). "El abrigo de Arturo Alessandri: populismo, Estado y sociedad en América Latina, siglo XX" en: **Transformaciones sociales y acciones colectivas. América Latina en el contexto internacional de los noventa**, El Colegio de México.
- LÓPEZ, Sinesio (1992). "Fujimori y la crisis de la civilización del siglo XX" en: **Desde el límite. Perú: reflexiones en el umbral de una nueva época**, IDS, Lima.
- LÓPEZ, Sinesio (1997). **Ciudadanos reales e imaginarios**, Lima: IDS.
- LYNCH, Nicolás (1992). **La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978**, Lima: El Zorro de Abajo Ediciones.
- LYNCH, Nicolás (1996). "Los partidos políticos como objeto válido de estudio en el Perú actual" en: **Socialismo y Participación** No. 73, Lima.
- LYNCH, Nicolás (1996a). "Suicidio y probables resurrecciones de los partidos en el Perú" en: **Cuestión de Estado** No. 17, Lima.
- LYNCH, Nicolás (1996b). "Crisis y perspectivas de los partidos políticos en el Perú" en: **Argumentos** No. 25, UAM, México.

- MAINWARING, Scott y Timothy SCULLY (1995). **Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America**, California: Stanford University Press.
- MASTERSON, Daniel M. (1991). **Militarism and Politics in Latin America. Peru from Sánchez Cerro to Sendero Luminoso**, USA: Greenwood Press.
- MATOS MAR, José (1985). **Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década del 80**, Lima: IEP.
- MC. EVOY, Carmen (1994). **Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú**, Lima: PUCP.
- NEIRA, Hugo (1996). **Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética**, Lima: SIDEA.
- NUGENT, José Guillermo (1991). **El conflicto de las sensibilidades**, Lima: Instituto Bartolomé de las Casas-Rímac.
- PERELLI, Carina, Sonia PICADO S. y Daniel ZOVATTO (Compiladores) (1995). **Partidos y clase política en América Latina en los 90**, IIDH-CAPEL, San José, Costa Rica.
- PLANAS, Pedro (1994). **La República Autocrática**, Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- PLANAS, Pedro (1994a). "Perú. Democracia empírica y valores autoritarios" en: **Nueva Sociedad** No. 134, Caracas.
- QUIJANO, Aníbal (1980). **Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú**, Lima: Mosca Azul Editores, segunda edición.
- ROBERTS, Kenneth M. (1995). "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin American. The Peruvian Case" en: **Word Politics** Vol. 48, No. 1, October.
- REVESZ, Bruno (1996). "El ocaso del sistema de partidos en la escena electoral peruana" en: **Revista Mexicana de Sociología** Vol. 58, No. 1, enero-marzo.
- SARTORI, Giovanni (1980). **Partidos y sistema de partidos**, Madrid: Alianza Editorial.
- SOTO, Hernando de (1986). **El otro sendero**, Lima: Ediciones El Barranco.
- TANTALEÁN ARBULÚ, Javier (1996). "¿Liquidación de los partidos? Ideología neoliberal y ciclos políticos en la historia" en **Socialismo y Participación** No. 73, Lima.
- TUESTA SOLDEVILLA, Fernando (1995). **Sistemas de partidos políticos en el Perú (1978- 1995)**, Lima: Fundación Friedrich Ebert.